

serie

LA CASA MÁGICA DEL ÁRBOL

sm

EL BARCO



DE VAPOR

Mary Pope Osborne

El caballero de la noche



www.literaturasm.com



Primera edición: marzo 2002

Novena edición: septiembre 2012

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Paloma Muiña

Traducción del inglés: Macarena Salas

Publicado por acuerdo con Random House Childrens Books,
una división de Random House, Inc. New York, USA.

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Knight at Dawn*

© del texto: Mary Pope Osborne, 1993

© de las ilustraciones: Bartolomé Seguí, 2012

© Ediciones SM, 2012

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Nathaniel Pope

1 *El bosque oscuro*

JACK no se podía dormir.

Se puso las gafas y miró el reloj: las cinco y media. Era demasiado pronto para levantarse.

No podía dejar de pensar en todas las cosas extrañas que les habían pasado el día anterior.

Encendió la luz, cogió su cuaderno y miró la lista que había escrito antes de acostarse:

*Encontramos la casa del árbol
en el bosque. Estaba llena de libros.
señalé el dibujo de un pteranodonte
y pensé un deseo.
Nos fuimos a la época de los dinosaurios.
señalé el dibujo del bosque
de Frog Creek y pedí un deseo.
Volvíamos a casa, a Frog Creek.*

Jack volvió a dejar las gafas sobre la mesilla.
¿Quién se iba a creer todo aquello?

Desde luego, su padre, no; ni su madre, ni la maestra de tercero, la señorita Watkins. Solo su hermana de siete años, Annie, que había ido con él a la época de los dinosaurios.



–¿No puedes dormir?

Annie estaba junto a la puerta.

–No –contestó él.

–Yo tampoco. ¿Qué haces?

Se acercó a Jack, miró el cuaderno y empezó a leer la lista.

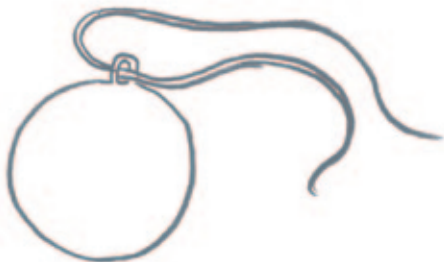
–¿No vas a apuntar lo de la medalla de oro?
–preguntó.

–Querrás decir el medallón –replicó el chico.



Pero después cogió su lápiz y escribió:

*Encontramos esto en la época
de los dinosaurios:*



–¿Y no vas a poner una M en la medalla?
–insistió Annie.

–Medallón –corrigió Jack–, no medalla.
Pero añadió la letra M.



–¿Y no vas a escribir nada sobre el mago?

–No estamos seguros de que haya ningún mago –refunfuñó Jack.

–Bueno, alguien tuvo que hacer esa casa del árbol y poner allí todos esos libros... Y alguien perdió la medalla de oro en la época de los dinosaurios.

–¡Medallón! –repitió el niño por tercera vez–. Solo quiero escribir los hechos, lo que ocurrió de verdad.



—¿Por qué no volvemos ahora mismo a la casa del árbol? —preguntó Annie—. Así descubriremos si esa persona existe de verdad...

—¿Estás loca? ¡Ni siquiera ha salido el sol!

—¡Mejor! Así le pillamos durmiendo...

—No, no podemos ir —murmuró Jack, preocupado. ¿Y si el «mago» era malo? ¿Y si no le hacía ninguna gracia que unos niños hubieran descubierto lo de la casa del árbol?

—Bueno, pues yo voy a ir —resolvió su hermana.

Él miró el cielo gris a través de la ventana; estaba a punto de amanecer. Entonces suspiró:

—Está bien. Vístete y, cuando estés lista, me esperas en la puerta de atrás. Pero no hagas ruido.

—¡Guay! —susurró Annie, y salió de puntillas.

Jack se puso los vaqueros, una sudadera gruesa y las zapatillas de deporte. Luego metió su cuaderno y un lápiz en la mochila. Y bajó las escaleras.

Annie estaba esperando en la puerta de atrás. Cuando vio a Jack, enfocó su cara con una linterna.

–¡Tacháaan! ¡La varita mágica! –exclamó.

–¡Shhh! Vas a despertar a papá y a mamá –musitó Jack–. Y apaga esa linterna, que no queremos que nadie nos vea.

La niña asintió y la apagó. Luego se la ató a la cintura.



Cuando salieron, sintieron el aire fresco de la mañana; los grillos cantaban y el perro del vecino empezó a ladrar.

–¡Tranquilo, Henry! –susurró Annie.

Henry dejó de ladrar. Daba la impresión de que los animales siempre hacían lo que Annie les decía.

–¡Vamos corriendo! –exclamó Jack.

Salieron disparados sobre la hierba húmeda y no se detuvieron hasta que llegaron al bosque.



–Ahora sí que necesitamos la linterna –dijo Jack.

Annie se desató la linterna del cinturón y la encendió.

Paso a paso, se adentraron entre los árboles. El chico contenía la respiración. Caminar por un bosque tan oscuro daba mucho miedo.

–¡Te pillé! –exclamó su hermana de pronto, dirigiendo la linterna hacia la cara de Jack.

El pegó un salto hacia atrás y luego protestó:

–¿¡A qué viene eso!?

–Te he asustado –sonrió Annie, divertida.

–¡Déjate de tonterías! –susurró su hermano mirándola fijamente–. Esto es muy serio.

–Bueno, bueno...



Annie empezó a iluminar las copas de los árboles con la linterna.

–¿Y ahora qué haces?

–¡Estoy buscando la casa!

La luz se detuvo justo en el árbol más grande del bosque. Y allí estaba la casa.

Annie la iluminó con la linterna; luego desvió la luz hacia la escalera y fue siguiendo su recorrido hasta el suelo. Entonces exclamó:

–¡Voy a subir! –agarró bien la linterna y empezó a trepar.

–¡Espera! –gritó Jack.

¿Qué pasaría si hubiera alguien en la casa?

–¡Annie, vuelve!

Pero su hermana ya se había ido y ni siquiera se veía la luz de su linterna.

Jack se quedó solo y a oscuras.

2 *Allá vamos otra vez*

—¡Aquí no hay nadie! —gritó Annie desde arriba.

Jack pensó por un momento que lo mejor sería volver a casa, pero luego se acordó de todos los libros que había allí arriba... y decidió subir.

Cuando estaba a punto de pisar el último escalón, vio a lo lejos una luz que brillaba en el cielo. Empezaba a amanecer.

Entró en la casa gateando por un pequeño agujero que había en el suelo y se quitó la mochila.

Dentro estaba todo muy oscuro.



Annie iluminó con la linterna los libros que había a su alrededor.

–Todavía están aquí –susurró.

La luz se detuvo en un libro. Era el que los había hecho viajar a la época de los dinosaurios.

–¿Te acuerdas del tiranosaurio? –preguntó Annie.

A Jack le asaltó un escalofrío. ¡Claro que se acordaba! ¿Cómo se iba a olvidar de haber visto un tiranosaurio vivo?



La luz se detuvo entonces en un libro sobre Pensilvania del que sobresalía un separador de seda rojo.

–¿Te acuerdas de la fotografía de Frog Creek?
–preguntó Annie otra vez.

–Sí. Gracias a esa foto pudimos volver a casa.

–Mira, este es el que más me gusta... –dijo la niña.

La luz de su linterna iluminaba un libro sobre castillos y caballeros. Tenía un separador de piel azul entre sus páginas.



La niña abrió el libro por donde estaba el separador y vio el dibujo de un caballero que, montado en un caballo negro, se dirigía hacia un castillo.

–Oye, ¡cierra ese libro! Ya sé lo que estás pensando...

Ella señaló al caballero.

–¡Annie, no!

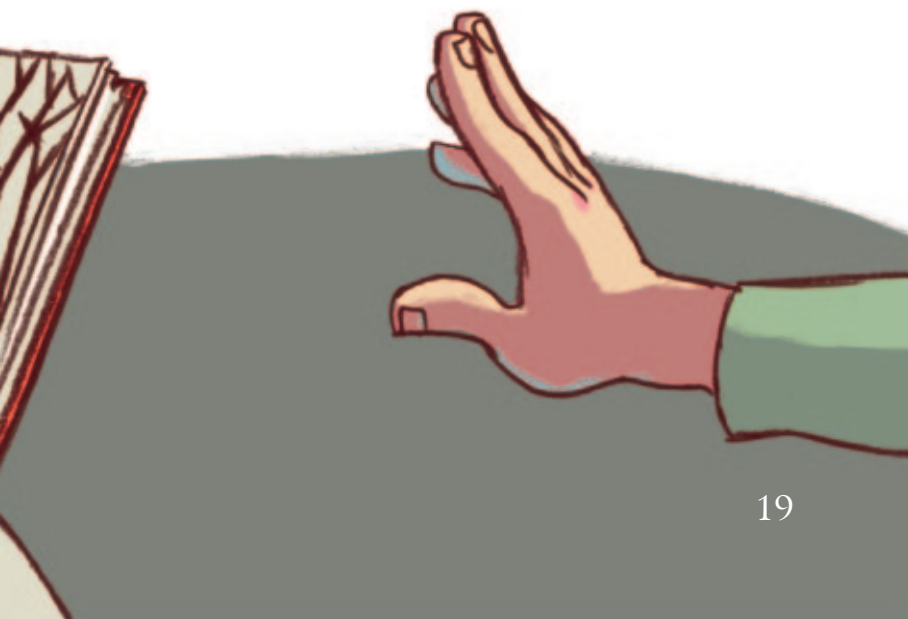
–Ojalá pudiéramos ver a este caballero en persona...

–¡NO!, de ojalá nada... –gritó Jack.

De pronto se oyó un chillido.

¡Hiii!

Parecía el relincho de un caballo.



Los dos hermanos corrieron a asomarse por la ventana. Annie enfocó la linterna hacia el suelo.

–¡Lo sabía! –masculló Jack.

–¡Un caballero! –gritó Annie.

¡Allí abajo había un caballero, con su armadura y todo, montado en un caballo negro! ¡En pleno bosque de Frog Creek!

El viento sopló con fuerza y las hojas de los árboles empezaron a moverse.

Estaba ocurriendo otra vez.

–¡Nos vamos! –gritó Annie–. ¡Sujétate!



El viento siguió soplando cada vez más fuerte, las hojas se agitaban y, de repente, la casa se puso a girar. Rápido, rápido, ¡cada vez más rápido! Jack apretó los ojos.

De pronto, todo volvió a la calma; una calma absoluta.

Jack abrió los ojos y comenzó a temblar. Soplaban un aire húmedo y frío.

A lo lejos se volvió a oír el relincho de un caballo.

¡Hiiiiiii!

–Creo que hemos llegado –comentó Annie. En sus manos aún sostenía el libro de los castillos.

Jack se asomó a la ventana.

A través de la niebla se vislumbraba un inmenso castillo.



El chico miró a su alrededor y se dio cuenta de que el roble sobre el que estaba la casa del árbol había cambiado. A lo lejos se veía al caballero que acababa de pasar montado en su caballo negro.

–No nos podemos quedar aquí. Tenemos que volver a casa y pensar en un plan.

Jack recogió el libro de Pensilvania, lo abrió por donde estaba el separador rojo de seda, señaló la fotografía del bosque de Frog Creek y empezó a decir:

–Ojalá...

–¡No! –le interrumpió Annie arrebatándole el libro de las manos–. Vamos a quedarnos. Yo quiero ir al castillo.

–Estás loca. Primero tenemos que ir a casa y estudiar la situación.

–¡Vamos a estudiarla aquí! –insistió ella.

–Venga, devuélvemelo –le pidió Jack extendiendo su mano.

Annie le devolvió el libro, sacó la linterna de su cinturón y dijo:

–Muy bien. Tú ve a casa si quieres. Yo me quedo.

–¡Espera!

–Solo voy a bajar a echar un vistazo... –contestó ella, a la vez que descendía por la escalera.

Jack gruñó. No podía dejarla sola. Se había vuelto a salir con la suya. Por otro lado... también a él le apetecía dar una vuelta para ver lo que había por ahí.

Así que dejó el libro de Pensilvania en el suelo, metió el libro de los castillos en su mochila, bajó por la escalera y se adentró en el aire frío y húmedo.



3 *Al otro lado del puente*

ANNIE lo estaba esperando al pie del árbol y forzaba la vista para intentar ver a través de la niebla lo que había a su alrededor.

–Mira, el caballero va a pasar por ese puente que lleva al castillo –dijo la niña.

–Espera, déjame verlo –dijo Jack–. Dame la linterna.

Cogió la linterna, sacó el libro de su mochila y lo abrió por la página donde estaba el separador de piel.



Leyó lo que ponía justo debajo del dibujo del caballero:

*Este caballero se dirige al festín
de un castillo.*

*Los caballeros se ponían armaduras
para los viajes largos y peligrosos.*

*Las armaduras eran muy pesadas:
solo el casco podía pesar
más de veinte kilos.*

¡Caramba! Veinte kilos era lo que Jack pesaba cuando tenía cinco años. Ponerse uno de esos cascos debía de ser como montar a caballo con un niño de cinco años en la cabeza.

Jack sacó su cuaderno para tomar notas, igual que lo había hecho en el viaje de los dinosaurios, y escribió:

Cabeza pesada.